

La paradoja uruguaya

Ximena Espeche

LA PARADOJA URUGUAYA

INTELECTUALES, LATINOAMERICANISMO
Y NACIÓN A MEDIADOS DE SIGLO XX

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Mario E. Lozano

Vicerrector
Alejandro Villar

 Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial
20 AÑOS
Bernal, 2016

Colección La ideología argentina y latinoamericana
Dirigida por Jorge Myers

Espeche, Ximena

La paradoja uruguaya: intelectuales, latinoamericanismo y nación
a mediados del siglo XX / Ximena Espeche. - 1a ed. - Bernal:
Universidad Nacional de Quilmes, 2016.

436 p.; 23 x 15 cm. - (La ideología argentina y latinoamericana /
Myers, Jorge)

ISBN 978-987-558-384-9

1. Historia de América Siglo XX. 2. Intelectuales. 3. Nacionalismo.
I. Título.
CDD 980

Ilustración de tapa: Nicolás Arispe

Diseño: Hernán Morfese

© Ximena Espeche, 2016

© Universidad Nacional de Quilmes, 2016

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-384-9

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	13
Capítulo I. Las crisis	33
1. El país benefactor y feliz	34
2. La “crisis” que son “las crisis”	48
Capítulo II. La viabilidad como paraíso perdido	81
1. Fronteras	82
2. Estar “de espaldas”: Uruguay/Montevideo y América Latina/campaña	95
Capítulo III. El ser o no ser de una generación	129
1. Acordes sobre la generación: crisis y crítica	131
2. <i>Marcha</i> y la generación: viejas y nuevas prácticas	137
3. La trama generacional	140
4. Conciencia crítica y pedagogía	148
5. Como si en el nombre estuviera la cosa: “crítica” y “del 45”	155
6. Generación ¿del nacionalismo?	164
Capítulo IV. Una tradición selectiva: lo blanco	179
1. ¿Qué es “lo blanco”?	181
2. Las caras del Partido Nacional y el problema de “lo blanco”	183
3. Los <i>ismos</i> para la integración latinoamericana	204
Capítulo V. De la integración posible a la integración verdadera	221
1. Las coyunturas y la vuelta al “origen”	222
2. Tres integraciones posibles: Monroe, Bolívar y Artigas	228

3. Las retóricas de la integración.....	235
4. Tiempos acelerados: integración y revolución.....	249
5. Variaciones sobre un tema son otro tema.....	259
Capítulo VI. La integración permanente	267
1. Balcanización o federación.....	268
2. El campo y la ciudad.....	278
3. El ruralismo y su época.....	283
4. Los religamientos de la historia.....	293
5. Morir o vivir oriental: el dilema de la integración revolucionaria de América Latina.....	308
Capítulo VII. ¿Dentro de la integración, todo; fuera de la integración, nada?	321
1. Las palabras y los sentidos: tradición, modernidad, modernización.....	322
2. Entre lo cercano y lo lejano: los viajeros del tiempo.....	324
3. Las claves de un motivo: arraigo/evasión, tradición/modernidad.....	329
4. La tradición como límite.....	340
5. El tercerismo como ideología del límite.....	352
6. <i>Ethos</i> y entrevero.....	368
Conclusiones	369
Fuentes y bibliografía	379

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo habría sido mucho más difícil sin la colaboración y el aliento de una gran cantidad de personas, y estas páginas de agradecimiento son la historia de esa trama.

Claudia Gilman dirigió el trabajo de tesis, pero mucho antes que eso fue una de las primeras personas que insistió para que me pusiera a investigar, y juntas compartimos la pasión por *Marcha*. Recuerdo todavía la vez en que Claudia me prestó por tiempo indefinido –entre muchos otros materiales tremendamente valiosos– aquellos microfilms de *Marcha* en un momento en que no estaban digitalizados y cualquier ejemplar del semanario era un tesoro a encontrar. Carlos Demasi, codirector de la tesis, brindó sus lecturas y preguntas y memoria prodigiosa. Claudia y Carlos han sido guías lúcidos, compañeros de ruta.

Jorge Myers, además de ser el director de la colección en la que aparece este libro fue quien definió esos cambios de los últimos momentos que son tan bienvenidos. Larga vida al editor. Agradezco entonces muy especialmente a los correctores y correctoras, editores y editoras de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, en particular a Rafael Centeno. Nicolás Arispe realizó una ilustración especialmente para el libro, y como es usual en sus trabajos, sus apuestas visuales dan otros matices a las posibles lecturas.

En diversas instancias, Alejandro Cattaruzza, Ernesto Bohoslavsky, Alejandro Eujanian, Julio Stortini, Carlos Altamirano y Margarita Pierini fueron lectores y comentaristas atentos de esos primeros trabajos en donde delineaba los problemas que este libro aborda. Raúl Fradkin leyó, siempre lúcido, un capítulo del libro y me recomendó una serie de aclaraciones que, espero, ustedes puedan disfrutar. Mariano Plotkin acompañó en los comienzos, y criticó siempre con humor y calidez. Con él, Horacio Tarcus, Emiliano Álvarez y Adriana Petra compartimos una que otra reunión académico-gastro-nómica, y cada uno de ellos y en su estilo supo indicar mejores preguntas.

El seminario “Historia de las ideas, los intelectuales y la cultura Oscar Terán” del Instituto Ravignani de la Universidad de Buenos Aires (UBA), el seminario “Saberes de Estado y élites estatales” del Instituto de Desarro-

llo Económico y Social (IDES), el seminario del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (ceinci) y el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) son espacios necesarios y permanentes de discusión y de pensamiento. Y allí, entre otros, Alejandra Maihle, Hugo Vezzetti, Graciela Silvestri, Alejandra Laera, María Inés de Torres, comentaron versiones preliminares de algunas páginas de lo que fue una vez tesis y ahora es este libro. Gracias a sus observaciones, por suerte, esas versiones fueron sustantivamente modificadas.

Quiero mencionar muy especialmente a mis compañeros y compañeras del Centro de Historia Intelectual porque las discusiones que allí tenemos han sido, directa o indirectamente, muy enriquecedoras para los fines de este libro; en particular, la calidez y siempre enérgica voz de su director, Adrián Gorelik, quien me invitó a participar de ese espacio, y que es un referente intelectual ineludible. Laura Prado Acosta y Laura Ehrlich, además de amigas entrañables, son y fueron lectoras generosas, atentas y, sobre todo, respondieron a una suerte de llamado de último momento. Entre más deudas, están las que tengo con Marina Franco y Mariana Iglesias. La primera, además de presentarme a Mariana suponiendo que el encuentro sería provechoso, fue una exigente y generosa jurado de tesis. Con Mariana compartimos el proceso arduo de escribir un trabajo de este tenor; muchas de las problemáticas sobre las que trabajamos son comunes y ha quedado más de un proyecto por abordar. Mariana corrigió y recomendó cambios que por suerte incorporé en versiones preliminares. Otros amigos y colegas como Jimena Caravaca, Silvina Merenson y Fabio Wasserman comentaron varios capítulos del libro y fueron lectores de lujo. Y, sin duda, las charlas con Ricardo Martínez Mazzola, Matías Farías, Karina Vázquez, Leticia Prislei y Martina Garategaray, entre otros queridos amigos y compañeros de la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la UBA, y con Martín Bergel, Alejandro Dujovne, Martín Ribadero, Mark Healy y Andrés Kozel fueron, aunque quizá no lo recuerden, importantes al momento del pasaje de la tesis a libro.

Quiero detenerme en las observaciones siempre pertinentes e incisivas de Elizabeth Jelin como coordinadora del seminario de tesis del programa de doctorado IDES/UNGS, que colaboró en clarificar muchas de las nebulosas en las que este trabajo incurría. Sandra Gayol, directora en ese entonces del programa, supo acompañar cada tramo y eligió dos excelentes jurados para el plan de tesis y tres jurados para la defensa de la tesis: los exquisitos Alejandro Blanco y Sergio Visacovsky, y Marina Franco, Elías Palti y Mariano Plotkin. A Mariana Pérez, en ese entonces secretaria académica del posgrado, quiero agradecerle su paciencia y afecto. Me gustaría agradecer por sus comentarios y lecturas a quienes fueron mis compañeros de los doctorados de Flacso y el IDES/UNGS, especialmente a Ana Castellani, Tania Diz, Mariano Zuckerfeld, Alex Ruiz, Adriana Daverio, Cacho Loterstain, Sara Perrig y Juan Pablo Besone. Entre ellos, Adriana Feld fue quien insistió para que me presentara a

una beca en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y con ella compartimos esos momentos de pensar, definir, escribir un proyecto. Mucho aprendí de su compañerismo y alegría. Es claro, además, que sin la financiación del Conicet este trabajo habría sido imposible.

Mis compañeros en la Escuela de Capacitación Docente (CEPA) Mariano Salzman, Laura Mombello, Diana Paladino, Silvina Besteiro (*in memoriam*), Claudia Zoya, María Pía López, Patricia Funes y Sergio Galiana estuvieron cerca en todo este proceso. Los últimos tres leyeron capítulos y gracias a su lucidez esos textos ganaron amplitud y profundidad. Las y los docentes que participaron de ese postítulo me obligaron a revisar muchas de mis más acendradas creencias. Asimismo quiero agradecer a los y las estudiantes de la Maestría de Literaturas Española y Latinoamericana de la UBA.

En Uruguay, muchas de las observaciones de Gerardo Caetano, Aldo Marchesi y Alex Borucki han sido esclarecedoras e incentivaron nuevas preguntas sobre viejos temas. Rodolfo Porrini, Nicolás Duffau, Pablo Rocca, María Laura Reali, Vania Markarian, Adolfo Garcé, Facundo Arocena y Magdalena Broquetas aportaron sus conocimientos o materiales de difícil acceso. Así, también, lo hicieron los bibliotecarios de la Biblioteca del Congreso Nacional y el ceinci en la Argentina, y quienes trabajan en la Biblioteca del Parlamento, la Biblioteca Nacional y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la República Oriental del Uruguay, y la Sección Archivo y Documentación del Instituto de Letras de esa misma Facultad. Especial calidez para Ana y Josefina en esas largas tardes de lectura ininterrumpida. También en ese país, mi familia, amigos y amigas supieron acompañar, prestar apoyo –y a veces más que eso– en los múltiples viajes para la búsqueda de las fuentes: Andrea Gilardoni, Ana Teixidor, Gonzalo Capurro, Belén, Ignacio y Alejandro Algorta, Francisco Tomsich, Soledad Castro, Paola Pilatti, Martín Rodríguez Buffoni. En Buenos Aires, Gabriel Yeannoteguy, Bettina Berlín, Pablo Palomino y Analía Weiss sostuvieron las últimas horas con recomendaciones, traducciones y correcciones múltiples. Exequiel Lopresti, con generosidad, comentó un capítulo del libro y es además compañero del Taller de Escritura que coordina Alejandro López. A este último y a mis compañeros y compañeras del taller: gracias por hacer que la feliz prepotencia del trabajo y la búsqueda de la palabra justa fueran incesantes.

Mis padres, Mónica Gilardoni y Juan Carlos Espeche, han sido de incalculable valor para este trabajo. La biblioteca rioplatense de ambos fue siempre un punto al que volví para buscar textos y, también, ideas. A ellos dedico este trabajo, y en especial a la memoria de mi viejo, a quien tanto extrañé en esta reescritura, en este pasaje de la tesis a libro. En 1974, además, él había publicado en Montevideo un libro titulado *Federación o muerte, ¿orientales o uruguayos?*, que trabaja a su modo varios de los problemas que abordo aquí; y, aunque no ahondaré en esto, en alguna medida este libro está tramado por una suerte de, en palabras de la escritora Natalia Ginzburg, “léxico familiar”.

Mis hermanos, Sebastián y Agustín, fueron el apoyo constante en los llamados, las preocupaciones, el encuentro de algún dato que podría servirme. A Cristina Rojas, Rafael Di Meglio y Valeria Di Meglio, el agradecimiento a su preocupación constante porque este libro llegara a buen puerto, y las diferentes ayudas que ofrecieron y prestaron. Mis hijas, Magdalena y Catalina Di Meglio, soportaron el quite de tiempo valioso de horas de mutua compañía. Sin Gabriel Di Meglio, a quien también está dedicado el libro, todo hubiera sido mucho menos placentero. Siempre estuvo ahí para leer a tiempo. Es claro que las y los mencionados no son responsables de mis errores u omisiones. Solo resta decirles: gracias totales.

INTRODUCCIÓN

LA PARADOJA DEL URUGUAY LATINOAMERICANO

Una paradoja sobrevuela estas páginas: entre las décadas de 1950 y 1960 para un amplio espectro de intelectuales uruguayos el país debía ser latinoamericano para no ser latinoamericano. Uruguay debía mirar hacia América Latina y reconocerse como un país que, contra las ideas recibidas sobre sus supuestas excepcionalidades, estaba como los demás comprendido en las generales de la ley y de los problemas que afectaban del mismo modo a otros de la región. Solo a través de la integración, en especial regional, podría conservar sus rasgos considerados modélicos, que adquieren rango de esenciales, definidos por el gobernante al que se adjudicó el mérito de haber puesto a Uruguay en la lista de naciones civilizadas y modernas, en contraste con sus vecinos de la región.

El presidente José Batlle Berres, a comienzos del siglo xx, sentó las bases de una democracia política y social que podía, según el dominicano Pedro Henríquez Ureña, enseñar al mundo con orgullo “unas cuantas leyes avanzadas”.¹ Uruguay era en América Latina ejemplo de “una que otra excepción”.² Pero a mediados del siglo xx, los datos internos económicos y políticos, y también culturales y hasta “morales”, revelaban un escenario tan preocupante que se habló directamente de “crisis estructural”. En el país se debatió *in extenso* sobre la crisis, sobre los rasgos que llevaban a definirla de ese modo: en muchos casos, el propio legado batllista –sobre todo el que se arrogó su sobrino, Luis Batlle y Ordóñez– fue considerado *la causa*

¹ El batllismo fue una tendencia hegemónica de uno de los partidos “tradicionales” de Uruguay, el Colorado –el otro es el Blanco o Nacional que a efectos de la economía del texto hasta el capítulo IV uso como sinónimos–. Su líder fue José Batlle y Ordóñez, que gobernó el país durante dos períodos a comienzos de siglo xx. Me detengo sobre Batlle y el batllismo en el capítulo I.

² Solo México ingresaba en el rango de lo excepcional bajo la Revolución de 1910, porque “se ha visto en la dura necesidad de pensar sus problemas”. Henríquez Ureña, Pedro, *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989, p. 9.

estructural. Si una paradoja sobrevuela estas páginas, otra le es inherente: la pregunta por la “viabilidad” del país atentó contra el Uruguay batllista, ya que ella no podía ser formulada sin cuestionar las bases mismas sobre las que ese Uruguay “viable” estaba asentado.

La paradoja que aquí llamo del “Uruguay latinoamericano” permite entender el universo heterogéneo de sentidos y la fuerza que tuvieron los consensos para un amplio rango de intelectuales a mediados del siglo xx sobre “Uruguay en crisis” y la perspectiva de “América Latina” como su solución. Algunas de esas posturas, que consideramos clave, son analizadas en este libro. Por ejemplo, la revisión general de la historia nacional uruguaya y de los vínculos del país con el exterior y del lugar que ocupaba en Occidente puso de relieve que Uruguay debía discutir las bases sobre las cuales había sido fundado y que lo hacían ser lo que era. La viabilidad del país volvía a ponerse en juego, como habría ocurrido también durante el siglo xix. Se trató de revisar si el legado de los gobiernos de Batlle y Ordóñez conformaba en efecto la causa eficiente de su identidad y su destino; si era posible otro imaginario nacional que no fuera batllicéntrico;³ si el llamado “nacionalismo cosmopolita” le era consustancial;⁴ si la presunción de que el país plasmaba su identidad como parte del Occidente moderno encarnaba de modo esencial la democracia y el republicanismo; como también si la bienaventuranza de una sociedad que se había configurado gracias al aporte migratorio europeo tenía sustento alguno.

Las reconsideraciones sobre el batllismo, su legado y sus límites conducen a otro problema. Durante las décadas de 1950 y 1960 la referencia a la hegemonía del batllismo para explicar el ser del Uruguay se vio fuertemente cuestionada por una serie de discursos que tenían raigambre en la interpretación de la historia del Partido Blanco, uno de los dos partidos tradicionales, más allá de que quienes enunciaran esos cuestionamientos suscribieran o no a dicha orientación partidaria. Intelectuales como Carlos Quijano, Carlos Real de Azúa y Alberto Methol Ferré fueron exponentes centrales de esos cuestionamientos y tuvieron la capacidad de sintetizar en textos de disímil impacto las dimensiones de la crisis estructural y la relación de esta con un contexto mayor –regional e internacional–. Por ello, y porque analizarlos

³ Caetano, Gerardo, “Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario”, en Achugar, Hugo y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992; Andatch, Fernando, *Signos reales del Uruguay imaginario*, Montevideo, Trilce, 1992. Véase el clásico estudio de Bacsko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

⁴ Ruiz, Esther, “Mirando a Artigas desde el Uruguay de la Segunda Guerra Mundial”, en Frega, Ana y Ariadna Islas (coords.), *Nuevas miradas en torno al artiguismo*, Montevideo, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2001, pp. 393-410.

en conjunto contribuye a redefinir una serie de presupuestos relativos a lo que se ha dado en llamar la “generación del 45” y la “generación crítica”, estos tres pensadores son protagonistas de una parte central de este libro. Quijano, Real de Azúa y Methol Ferré son “casos” ejemplares dentro de ese linaje de pensadores críticos que se dedicó a explicar las carencias del batllismo y las adscribió al desconocimiento, entre otras cosas, de “Uruguay en América Latina”.⁵

¿Cómo y por qué una serie de intelectuales reflexionó en torno del lugar del país en América Latina en un momento considerado de “crisis estructural”? ¿Qué nos dicen esas reflexiones sobre los modos en que fueron revisadas su historia, sus relaciones con los vecinos Argentina y Brasil, su aceptación del batllismo como presupuesto de “viabilidad”? ¿Qué nos dice del tipo de agregaciones en las que estos autores se inscribieron y han sido incriptos? ¿Qué pasa cuando colisionan, en un momento considerado de “crisis”, los intereses nacionales con los regionales, según autores que ven en América Latina una unidad posible, un destino común? Estas páginas se proponen explorar tales interrogantes a la luz de la historia intelectual y de la historia concreta de una fracción específica de intelectuales, cuya escritura supo tematizar la problemática uruguaya para lectores latinoamericanos, y la latinoamericana para lectores uruguayos. Inscribo esa exploración dentro de un universo más amplio que, si bien tiene muy en cuenta la historia política de Uruguay –de los partidos, de las disputas político-partidarias–, también sigue muy de cerca las producciones de diferentes intelectuales que fueron parte, entre 1958 y 1968, de una trama generacional, definida en torno a la figura de la “conciencia crítica”.

Este es un libro pensado desde el marco más amplio de la historia intelectual: una propuesta –un campo de estudio más que una disciplina– que incluye entre sus objetos el trabajo con el pensamiento –o la producción y puesta en circulación de conocimiento–, y que busca abordar también, por un lado, el análisis de las formas en que los intelectuales se vincularon entre sí y con otros actores de la vida social, y, por otro, muy especialmente, las formas discursivas que utilizaron en su producción y reproducción social.⁶ Los intelectuales se reconocen como actores preocupados y com-

⁵ Rodríguez Monegal, Emir, *Literatura uruguaya del medio siglo*, Montevideo, Alfa, 1966; Rama, Ángel, *La generación crítica*, Montevideo, Arca, 1972.

⁶ Véanse *Debats*, N° 16, “La edad de oro de los intelectuales”, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, Institución Valenciana de Estudios e Investigación, junio de 1986; Palti, Elías J., “Tipos ideales y sustratos culturales en la historia político-intelectual latinoamericana”, en Palti, Elías J. (org.), *Mito y realidad en la “cultura política latinoamericana”*. *Debates en Iberoideas*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 81-116. Para una reflexión respecto de los abordajes de la historia intelectual, véase Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, “Ideas para un programa de historia intelectual”, pp. 13-24.

prometidos por cuestiones globales –humanas, universales– que exceden el ámbito particular de cada disciplina y, al mismo tiempo, se diferencian de quienes no lo son en los modos particulares de incorporación a una actividad específica.⁷

En el caso aquí abordado estos intelectuales se perfilan como actores de un drama social, provenientes de un sector particular de la población –el de la clase media o de la alta burguesía uruguaya, en general montevideana– y que definieron su legitimidad para elaborar acciones y discursos sobre los diversos órdenes sociales, sobre la base de un vínculo específico con el conocimiento y la palabra escrita.⁸ En este sentido, asumen una función particular en la sociedad nunca exenta de discusiones y de disputas, aunque si logran el éxito son reconocidos como detentores legítimos de ella.⁹ En un país en el que la educación se extendió a gran parte de la población y fue uno de los efectos bajo los cuales Uruguay fue considerado país modelo, la crítica entonces constituyó tanto una condición del intelectual como una marca que lo diferenciaba del resto del común; la crítica como un tipo particular de pedagogía.¹⁰ (En definitiva, aunque no está en el centro de este análisis, resulta ineludible tratar de comprender cómo fue utilizada la pertenencia a un espacio social particular en la disputa por la legitimidad de los lugares de enunciación.) En tanto los intelectuales se presentan a sí mismos como acreedores de un monopolio de cierto tipo de saber, los uruguayos supusieron que eran formadores de opinión, y sus credenciales –no necesariamente definidas desde la pose-

⁷ Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, col. Intersecciones, 2005 [1997].

⁸ Williams, Raymond, *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000 [1987], “Intelectual”, pp. 188-190.

⁹ Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004, “La formación de los intelectuales”, pp. 9-17.

¹⁰ Para el caso uruguayo, dos aproximaciones a las referencias nacionales o a escuelas filosóficas internacionales en la conformación del pensamiento de sus intelectuales –pero no un estudio relativo a la recepción y uso de dicha noción–, véase De Armas, Gustavo y Adolfo Garcé, *Uruguay y su conciencia crítica*, Montevideo, Trilce, 1997; Caetano, Gerardo y Adolfo Garcé, “Ideas, política y nación en el Uruguay del siglo xx”, en Terán, Oscar (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo xx latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI/Fundación OSDE, 2004, pp. 309-422. Para un trabajo que recupera la formación de un campo intelectual y específicamente literario, véase la producción de Pablo Rocca consignada en la bibliografía. En América Latina, sobre la cuestión de la crítica y su función, que es asumida directamente en la referencia al vínculo entre cultura y política, véase entre muchos otros el ya clásico ensayo de Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1995 [1984]. O, también, algunos abordajes relativos a este mismo problema en Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; para la segunda mitad del siglo xx, Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

sión de un título habilitante– tuvieron la contraprestación de la legitimidad dada a ese monopolio.¹¹

Como veremos a lo largo de estas páginas, también para muchos de estos intelectuales lo que estaba en cuestión era la “cultura uruguaya”. Y por ella entendían tanto un modo de vivir y de hacer, identificado en el cosmopolitismo de su ciudad o en aquellos valores que quedaban a resguardo en el campo; o, también, un modo de cuestionar la inscripción del país en Occidente, en América Latina o en el Río de la Plata. O podía tratarse, como en Quijano, de la “formación de opinión”: uno de los modos del quehacer cultural entendido como otra manera de hacer política, que durante los años sesenta y parte de los setenta quedó asociada al mejor lugar desde donde intervenir en la transformación, en general asumida como revolucionaria, de una sociedad.¹² Ante la constatación de que la cuestión de la cultura uruguaya como problema es recurrente, este estudio ha buscado no perder de vista el hecho de que la cultura no es –en sí misma– diferentes cosas ni una sola, sino que se articula, se define, como ha observado Susan Wright, a través de un “proceso político de lucha por el poder para definir conceptos clave, incluyendo el concepto mismo de ‘cultura’”.¹³

Uno de los rasgos que en general utilizamos para explicar la cualidad de los intelectuales latinoamericanos es la relación estrecha entre cultura y política. Respecto del período elegido, varios trabajos apuntan a un “proceso de politización” de los intelectuales.¹⁴ O estudian el modo en que ese proceso derivó en actitudes que equivalían a abjurar del propio quehacer: el antiintelectualismo.¹⁵ Es difícil negar el peso de ese vínculo para caracterizar a los intelectuales latinoamericanos, y no es este el lugar para discutir cuánto de esas afirmaciones son enteramente aplicables. ¿Cuánto hay de productivo en esta generalización que propone identificar la especificidad de lo latinoamericano? ¿Qué pasaría si realizáramos un estudio que tuviera también en cuenta las trayectorias de intelectuales europeos o asiáticos o africanos: esa especificidad importa por sí misma o es, más bien, algo que depende del contexto en el que producimos estos análisis, o según también cuál es

¹¹ Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, “Campo de poder, campo intelectual y *habitus* de clase”, pp. 26-42.

¹² Quijano, Carlos, “A rienda corta”, *Marcha*, N° 925, 22 de agosto de 1958, pp. 1-4. Volvemos sobre esto en el capítulo I. Véase, entre otros, Gilman, C., *op. cit.*

¹³ Wright, Susan, “La politización de la ‘cultura’”, *Anthropology Today*, vol. 14, N° 1, febrero de 1998 (traducción de Florencia Enghel; revisión técnica de Mauricio F. Boivin y Julieta Gaztañaga). Disponible en <http://polsocyttrabiigg.sociales.uba.ar/files/2014/03/SUSAN_WRIGHT.pdf>.

¹⁴ Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 97; Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

¹⁵ Véase Gilman, C., *op. cit.*, pp. 19 y 189-231.

el contexto que es objeto de nuestro estudio? En todo caso, la afirmación de que es un rasgo propio de los intelectuales latinoamericanos implica la adscripción a una identidad colectiva que impone tonos, modos, estilos.¹⁶

En Uruguay, por ejemplo, es común el uso de la dupla dicotómica “caudillos/doctores” –ya sea o no como metáfora– a la hora de hacer referencia a la relación entre política y cultura, entre partidos políticos e intelectuales, o a tendencias más o menos “doctas” en los primeros –en el sentido, según las coyunturas analizadas, de los doctores en tanto ideólogos, o de los doctores como protagonistas de una racionalización de la política–.¹⁷ “Doctores/caudillos” es la fórmula que utilizó –retomando conceptualizaciones anteriores– el historiador uruguayo Juan E. Pivel Devoto a la hora de caracterizar los liderazgos políticos en el origen y desarrollo de los partidos políticos uruguayos.¹⁸ Para Pivel Devoto los caudillos –líderes rurales– constituían la representación más fructífera de la “libertad” popular y de un sentir popular que supo expresar, al mismo tiempo, la validez y legitimidad de una “Constitución real” frente a otra meramente “legal”. Una Constitución escrita que empalidecía –en términos de su legitimidad– ante otra, real, telúrica, asentada en la costumbre de la patria. Los caudillos vehiculizaban en sus formas de liderazgo, según Pivel, la divergencia radical entre la primera Constitu-

¹⁶ Para una consideración sobre los “estilos” de los intelectuales, véase Halperin Donghi, Tullio, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998 [1987], “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”.

¹⁷ Quien ha reflexionado sobre este tema extensamente es Adolfo Garcé, por ejemplo en “Intelectuales y política en el Uruguay”, *Relaciones*, N° 185, octubre de 1999. Disponible en <<http://fp.chasque.net/~relacion/9910/index.html>> (edición en internet N° 36); “Tres fases en la relación entre intelectuales y poder en Uruguay: 1830-1989”, en De Armas, Gustavo y Adolfo Garcé (coords.), *Técnicos y política: Saber y poder: encuentros y desencuentros en el Uruguay contemporáneo*, Montevideo, Trilce, 2000, p. 79; *Ideas y competencia política en Uruguay (1960-1973)*. Revisando el “fracaso” de la CIDE, Montevideo, Trilce, 2002, p. 39; y “Economistas y política en Uruguay” (1932-2004), *Quantum*, vol. IV, N° 1, junio de 2009, p. 94 (en todos los casos matiza que “caudillos/doctores” pueda utilizarse sin más para pensar el vínculo entre política y cultura, pero sin embargo mantiene esta perspectiva). Caetano, G. y A. Garcé, “Intelectuales...”, *op. cit.*, pp. 330-332. Pero también está presente en los estudios de, entre otros, Graceras, Ulises, *Los intelectuales y la política en el Uruguay*, Montevideo, Cuadernos de El País, 1971 (que, aunque utiliza la categoría “intelligentsia”, lo hace refiriéndola a una tradición uruguaya de la relación entre política y cultura perfilada sobre la de caudillos/doctores) y Rama, Á., *La ciudad letrada*, *op. cit.* (donde la perspectiva piveliana domina los dos últimos capítulos de su ensayo). Sobre esto último, véase Espeche, Ximena, “La ciudad letrada o la cuestión de los doctores, los caudillos y la excepción”, en Mahile, Alejandra (comp.), *Intelectuales y cultura popular en América Latina*, en prensa.

¹⁸ Pivel Devoto, Juan E., *Historia de los partidos políticos en Uruguay*, Montevideo, Tipografía Atlántida, 1942. Sobre Pivel Devoto y su producción véanse Rilla, José, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1842-1972)*, Montevideo, Sudamericana/Debate, 2008, pp. 179-218; y muy especialmente Demasi, Carlos, “Los partidos más antiguos del mundo”, *Encuentros Uruguayos*, año I, N° 1, octubre de 2008.

ción del país jurada en 1830, y otra que la habría trascendido a lo largo del tiempo, asentada en los valores que la ciudadanía dio a los partidos políticos tradicionales: representantes auténticos, estos, de la nación, protagonistas del avance del país.¹⁹ En esta interpretación, los “doctores”, pertenecientes a las élites letradas urbanas, habrían abandonado –y no deberían haberlo hecho– lo que consideraban como “impuro”: el mundo de la política real.

Hace varios años, esta lectura del pasado fue puesta en duda mediante la afirmación de que, muy por el contrario, no siempre los “doctores” se habían comportado de ese modo: la referencia es, por ejemplo, a diferentes momentos en los cuales los intelectuales, como ideólogos o expertos, intervinieron directamente en la burocracia estatal.²⁰ El término “doctores” pasaba entonces a denominar, aunque más no sea metafóricamente, a los intelectuales –en tanto funcionarios y amanuenses del poder– y ya no a la clase política letrada en su totalidad, como había sido el caso para Pivel Devoto. La eficacia de la fórmula piveliana es notoria; un esquema que desde el siglo XX intenta producir una interpretación de las relaciones entre formas de acción política en el siglo XIX, pero que a la vez ha sido reutilizada como metáfora del vínculo entre cultura y política durante el siglo XX.

Al ser utilizada como metáfora para otras relaciones, devuelve a la historia de Uruguay una continuidad y una coherencia que encajan perfectamente con la representación de una sociedad en armonía: si solo son variaciones o matices las transformaciones históricas vividas –entre los siglos XIX y XX– en el Uruguay, una suerte de “hilo rojo” sostiene el desarrollo hacia el presente. En este libro esa certeza será puesta, al menos parcialmente, en duda.²¹ La fórmula piveliana es, a los efectos de mi argumentación, un motivo de un corpus específico que ayuda a comprender cómo operó la paradoja del “Uruguay latinoamericano” en un contexto diagnosticado como de crisis estructural.

Es posible escuchar y leer sobre Uruguay afirmaciones rotundas de que el país no es nacionalista; o que es el menos nacionalista de la región, si lo comparamos con Brasil, la Argentina o Cuba; o que la idea del Uruguay como país feliz no estaba asociada a una afirmación de la esencia del ser nacional sino, por el contrario, que en la valoración sobre una coyuntura mostraba su estabilidad económica y política.²² Con la paradoja que se propone como

¹⁹ Demasi, C., *op. cit.*

²⁰ Garcé, A., *op. cit.*; Caetano, G. y A. Garcé, *op. cit.*

²¹ Dos trabajos que revisan y discuten los textos de Pivel y su participación político-partidaria son los de Demasi, C., *op. cit.*; Iglesias, Mariana, “La historia política del Uruguay según Juan E. Pivel Devoto: ¿un relato de derecha?”, en Bohoslavsky, Ernesto (comp.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX*, Buenos Aires, UNGS, 2010. Disponible en <http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/las_derechas/iglesias.html>.

²² Véanse, por ejemplo, Panizza, Francisco, *Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1990,

perspectiva de análisis, pretendemos contribuir a la comprensión de que el nacionalismo uruguayo es tan fuerte como en otros países de la zona, aun cuando su forma sea diferente. Silvina Merenson apuntaba no hace mucho que aunque no hubiera habido –con ese mantra del Uruguay feliz– una intención nacionalista explícita, el mismo propósito de “construir una narrativa posible sobre la nación” conduce necesariamente a revisar si “en sus apropiaciones, representaciones y sedimentaciones históricas” este relato podría haber operado de modo nacionalista.²³

La idea de que lo que existió en el país es un “nacionalismo cosmopolita”, tal como la trabaja Esther Ruiz, crea un oxímoron en tanto presupone, como veremos, la existencia de un nacionalismo de un solo tipo –expansivo y totalitario–: ¿cómo lo cosmopolita –que *a priori* debería rechazar cualquier viso de inscripción nacional– y lo nacionalista –como en el caso que estudia Ruiz, la creencia en una unidad de la nación que habilita entonces el ataque o la defensa frente a los otros considerados como protoenemigos– pueden ir unidos en una misma categoría? ¿Por qué no decir, simplemente, “nacionalismo” y aclarar, cuando fuera necesario, la diferencia con el Partido Nacional?²⁴ Aunque es cierto que el valor heurístico de esta conceptualización es enorme: puntualiza el hecho de que quienes validan lo que en términos de Ruiz es el “escudo protector” y “escudo democrático” del país dan por sentado que Uruguay no es nacionalista, o que en caso de que lo fuera, no se trataría sin embargo de un “nacionalismo peligroso”.²⁵

Para el período que analizamos, se encuentra en plena discusión si es o no posible uno que no lo sea: habiendo sido, según esa línea de razonamiento, la expresión por antonomasia, comprobadamente feroz, de los totalitarismos en el marco de la Segunda Guerra. En el escenario de esas reflexiones están presentes los procesos de descolonización en Asia y África, que contribuyeron a abonar las conceptualizaciones del “Tercer Mundo” y, también, a redefinir por qué no todos los nacionalismos eran igual o intrínsecamente expansivos, totalitarios, mortales. En este sentido, si ya nos hemos acostumbrado a pensar que las identidades son construcciones elaboradas por grupos sociales específicos a través de procesos de simbolización también específicos, como en el caso de los estados-nación, también es cierto que la problemática de la identidad nacional no acaba en esa respuesta que ya sa-

p. 81; Rocca, Pablo, *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericano*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006, p. 8.

²³ Merenson, Silvina, “Introducción”, en Merenson, Silvina, Mariana Iglesias y Ximena Espeche, “Núcleo temático: entre la excepción y la crisis: Uruguay, 1945-1960”, *Revista de Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 23, Nº 2, julio-diciembre de 2012, p. 8.

²⁴ Ruiz, E., *op. cit.*

²⁵ “República ejemplar”, *Acción*, 7 de enero de 1959, p. 3.

bemos vamos a encontrar.²⁶ En otras palabras: para el estudio de las identidades existe un proceso histórico que no podemos negar, como en el caso de las identidades nacionales; pero por otro lado el nacionalismo es el objeto de una disputa permanente, que implica además la convivencia nunca pacífica de componentes ideológicos que bien pueden ser antagónicos y que establecen parámetros epistemológicos y ontológicos constantemente cambiantes.²⁷ Por ello, lo que interesa aquí no es tanto confirmar una afirmación previamente respondida, sino insistir sobre las preguntas. ¿Por qué, entonces, la búsqueda de una esencia sigue siendo tan eficaz y atractiva para quienes se identifican con un Estado-nación –tan solo– o, también, como en el caso que aquí estudiamos, con América Latina, pensándola entonces “unida”, ya sea en las apuestas políticas o ideológico-intelectuales? ¿Cómo se imprime tangibilidad, concreción, a lo que en un primer momento se presentó como una entelequia? ¿Cuál es, en palabras de Alejandro Grimson, su lógica?²⁸

CLAVES DE LA PARADOJA

Este libro es el resultado de la reescritura completa de mi tesis doctoral, defendida en 2011; por ello mismo asume el paso del tiempo, esto es, su publicación con cambios, agregados y sustracciones cinco años después. Y esto conlleva la incorporación de algunos análisis que antes no había tenido en cuenta, propios y ajenos, especialmente nuevas producciones de colegas que han trabajado algunos problemas colindantes a los aquí transitados. Pero si hay algo fundamental que aquella tesis y este libro comparten es que el relato histórico que aquí presentamos horada el problema y lo reconstruye capítulo a capítulo. Crisis, generación y viabilidad son eslabones de una cadena a la que llamo la construcción de un Uruguay latinoamericano, que si fuera sintetizada en un par de oraciones diría así: a mediados del siglo xx la crisis y la amenaza a la propia viabilidad nacional en Uruguay quedaron asociadas a la conmoción del edificio batllista; una generación asumió la capaci-

²⁶ Para un trabajo que revisa las perspectivas genealógicas y antigenealógicas sobre la nación, véase Palti, Elías, *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002. Una compilación muy útil sobre las “lecturas de la identidad”, en Fernández Bravo, Álvaro, *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000.

²⁷ Al respecto, véase Fernández Bravo, A., *op. cit.*, “Introducción”, p. 18.

²⁸ Para un estudio sobre el caso argentino, pero que permite revisar muy enfáticamente las “autoevidencias” de las perspectivas constructivistas y deconstructivistas sobre las identidades, véase Grimson, Alejandro, “La nación después del (de) constructivismo. La experiencia argentina y sus fantasmas”, *Nueva Sociedad*, Nº 184, abril de 2003, pp. 33-45. Disponible en <<http://www.nuso.org/revista.php?n=184>>.

dad de explicar el estado del país y se autoinstituyó como legítima analista de la amenaza –o no– que constituía ese momento crítico de su viabilidad, y que propuso además de diagnósticos, soluciones. Una generación que se reconoció, también, como deudora de al menos dos “faros” intelectuales, y uno de ellos claramente fue Carlos Quijano y el otro Juan Carlos Onetti.

En una síntesis acertada, Jaime Yaffé denomina “batllicentrismo” a la idea de que la historia del país es analizada como una sucesión de hechos cuyo epicentro es el batllismo.²⁹ Podría decirse, paradoja también, que mi trabajo es en algún sentido batllicéntrico, pero por otros motivos que los que enumera Yaffé. Por todo esto, crisis, viabilidad y generación se tratan de palabras clave para mi propio derrotero argumental: sobre ellas organico el análisis, aunque el modo en que ese análisis opere sea diferente. Y, debería agregar, me interesó recuperar el modo en que crisis, viabilidad y generación funcionaron como categorías nativas y analíticas a la hora de explicar los problemas o aciertos del Uruguay del medio siglo, en el sentido en que fueron al mismo tiempo objeto de la historia e instrumento de análisis. Es por ello que opté por presentarlas otorgándoles un capítulo a cada una, para desarrollar en el mismo orden de exposición una forma que es a la vez contenido: la relación nativo-analítico.

El primer capítulo de este libro es un estudio de muy diferentes diagnósticos realizados sobre la crisis desde mediados de los años cincuenta hasta fines de los sesenta, y del modo en que se superpusieron entonces imágenes diversas sobre el pasado, el presente y el futuro de Uruguay. Se trata, entonces, de pensar cómo lo que en realidad estaba en juego es una pluralidad de “crisis” antes que una sola “crisis estructural”, y de cómo la noción de estructura fue volviéndose un modo de explicar el batllismo como tal. Es decir que en las producciones analizadas para los años cincuenta y sesenta sobre los diagnósticos de la crisis, ellos arrojan una serie de hipótesis sobre sus causas y consecuencias que tienden a ver que se trata de un quiebre abrupto y, al mismo tiempo, de un proceso, cuya síntesis fue la del “impulso y su freno”. Aun así, ni quiebre ni proceso suponen los mismos referentes.

Casi treinta años después, la pregnancia de esas formulaciones seguía siendo potente. En 1984, por ejemplo, en un trabajo en el que los historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum revisaron algunas de sus producciones anteriores sobre las crisis, afirmaban que ellas funcionaron siempre en Uruguay como el punto de arranque de proyectos nacionales diversos y se constituyeron de este modo en uno de los condicionantes de una estructura de larga duración, en la que lo que nunca debería entrar en crisis era la

²⁹ Yaffé, Jaime, *Ideas, programa y política económica del batllismo: Uruguay (1911-1930)*, Montevideo, Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República, 2000.

participación del Estado en la economía ni, como consecuencia de ello, el afianzamiento de la democracia política. Y si hubo un proyecto nacional paradigmático en una solución de la crisis que para los autores supo ser creativa y sobre todo virtuosa, esa fue la del batllismo –resultado de dos crisis complementarias, económica y política, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, respectivamente–. Las crisis para ambos autores son al mismo tiempo un quiebre abrupto y un proceso, tal como lo fueron para quienes diagnosticaron la crisis estructural de fines de la década de 1950; son motivo de cambio, pero también de síntesis y de superación, y a la vez son muestra de cómo avanza la historia del país. Publicado en dictadura, el texto también fue una propuesta: “la crisis actual puede convertirse en un llamado a esa creatividad”, uno de cuyos brillantes ejemplos fue el batllismo.³⁰

En 1993, casi diez años después de esa propuesta, las historiadoras Isabella Cosse y Vania Markarian realizaron un trabajo sobre las creencias de hombres y mujeres entrevistados durante un período acotado acerca de cómo visualizaban el pasado nacional; investigación que guardaba estrecha relación con la pregunta acerca de cómo había permeado el sentido común histórico la interpretación revisionista de ese mismo pasado –en general asociada a una interpretación contraria a la del Partido Colorado, esta última además homologada con la batllista–. En el análisis comparativo sobre la manera en que es delimitada temporalmente la crisis y cuál habría sido, por el contrario, el mejor momento del país –los años cuarenta y cincuenta, y no, como podríamos pensar, las dos primeras décadas del siglo XX–, para los entrevistados la crisis estaba representada como la superposición de dos percepciones contradictorias: la de un tiempo glorioso y la de una época de caída permanente. Porque para ellos la crisis habría comenzado “cuando terminaron las guerras mundiales”, época que fue al mismo tiempo la del “mejor momento”. La crisis se manifestaba para quienes respondían en la década de 1990, según explican las autoras, más como un proceso que como un quiebre abrupto.³¹ O, para decirlo en términos de Francisco Panizza y Carlos Muñoz, en Uruguay se trata de una “cultura de la crisis”.³²

La crisis, como generalización de un modo concreto de percepción y de reconstrucción de ese momento pretérito, fue sintetizada en la fórmula paradigmática acuñada por Real de Azúa en 1964 y referida al batllismo:

³⁰ Barrán, José P. y Benjamín Nahum, *La crisis uruguaya y el problema nacional*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1984, “El problema nacional y el Estado: un marco histórico”, pp. 4-20.

³¹ Cosse, Isabella y Vania Markarian, *Memorias de la historia. Una aproximación al estudio de la conciencia histórica nacional*, Montevideo, Trilce, 1993, pp. 103-107.

³² Cfr. Cosse, I. y V. Markarian, *op. cit.*, p. 107. Panizza, Francisco y Muñoz, Carlos, “Partidos políticos y modernización del Estado”, *Los partidos políticos de cara al 90*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria-FESUR, 1989, pp. 118-119.

la –hoy tan conocida– del “impulso y su freno”.³³ ¿Cómo se formuló una suerte de consenso durante los años cincuenta y sesenta por el que se terminó asociando al batllismo con una fuerza que era, al mismo tiempo que un impulso para el desarrollo del país, un freno? Ese consenso supone que en el batllismo ya había una condición estructuralmente dañada, y a la vez una suerte de inercia que le era propia, tal como analiza en un temprano estudio Carlos Demasi.³⁴ La importancia de esa fórmula es más que la de una cita célebre constantemente invocada. No hay duda de que este marco interpretativo condicionó las evaluaciones retrospectivas de la crisis, y de que a la vez fue síntesis de una serie de discursos que ya estaban disponibles; la investigación académica, sin desconsiderar sus indudables hallazgos para las temáticas y períodos que analiza, es deudora de estas concepciones –que a esta altura han contribuido a configurar algo así como un estilo de país–: lo cual parecería quedar confirmado por el hecho de que para 1993, quienes respondían a una encuesta sobre el mejor y peor momento del país establecen que este vive en crisis. Un proceso definido en los años cincuenta y sesenta como quiebre y caída, cuya síntesis extrema es la del impulso y su freno.

El segundo capítulo está dedicado a analizar de qué modo la pregunta por la viabilidad repone una historia que se ve como una línea, un hilo que se quiere sin fisuras, o con fisuras interpretadas bajo la luz de la crisis, entre el siglo XIX y el siglo XX: el origen del Estado-nación uruguayo, el origen de sus partidos, el lugar del país en la región, etc. En ese “hilo rojo”, se repite una y otra vez la sospecha de que el país dio la espalda a Latinoamérica; sospecha que, de manera análoga, define la misma acción para su ciudad capital: Montevideo le habría dado la espalda a la campaña. De este modo, la pregunta por la viabilidad supone considerar una integración en dos sentidos al mismo tiempo: subcontinental –Uruguay y América Latina– y nacional –Montevideo y la campaña.

Según Caetano y Garcé, existen al menos cuatro ejes o canales de resignificación identitaria en el Uruguay: los “pleitos” sobre el “pasado fundante”; el papel configurador del “afuera”; una “relación privilegiada con la política” y “el replanteo incesante de la cuestión de la viabilidad”.³⁵ Es un encadenamiento del que también podemos dudar: por ejemplo, el “papel configurador del afuera” es general a toda construcción identitaria. La cuestión de la viabilidad es central para quienes a mediados de siglo advirtieron que todo

³³ Real de Azúa, Carlos, *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y su crisis*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964.

³⁴ Demasi, Carlos, “Real de Azúa y su freno: el problema del batllismo” (inédito), VI Corredor de las Ideas en el Cono Sur: Sociedad Civil, Democracia e Integración, Montevideo, del 11 al 13 de marzo de 2004.

³⁵ Caetano, G. y A. Garcé, *op. cit.*, pp. 390-411.

en Uruguay debía ser revisado: la crisis abrió de nuevo el problema de la viabilidad del país –como con preocupación afirmaba un historiador a fines de los años sesenta–, y la viabilidad funciona como el disparador por el que buscaron en el pasado, en la comparación con otros países y otros pasados nacionales, en la idea de que la historia partidaria era a la vez la historia nacional, un espejo posible que devolviese alguna imagen más o menos esperanzada de lo que suponían el país había sido y debería ser.

Si, como postulo aquí, Uruguay debía ser latinoamericano para no serlo, es notorio cómo también casi cuarenta años después quienes responden las preguntas de Cosse y Markarian afirman que el país recuperó su inscripción latinoamericana justamente en el marco de la percepción de la crisis; y además reinscriben la figura del caudillo José Gervasio Artigas en esos términos: un héroe nacional que es, a un tiempo, índice de lo latinoamericano en el país.³⁶ Ese reencuentro con Latinoamérica, veremos, es el sustento de la condición excepcional del país en los años cincuenta y sesenta; se trata de revisar de qué modo las ideas de integración mantuvieron, cuestionaron o profundizaron el vínculo de Uruguay con América Latina y de lo que el país era o no era de acuerdo con la valoración del legado batllista –a la vez condición de su viabilidad e inviabilidad.

Los dos primeros capítulos tienen muy escasas consideraciones relativas a las trayectorias intelectuales de quienes enuncian, discuten y proponen diagnósticos y soluciones a la “crisis estructural” o elaboran hipótesis sobre la falta o no de viabilidad del país. En cualquier caso, sí se define allí sintéticamente quiénes son.

En el tercer capítulo me detengo en los recorridos y cruces de quienes asumieron conformaban la “conciencia crítica” del país. A su vez, es en este capítulo donde discuto el modo en que el término “generación” constituyó una suerte de contraseña legítima para intervenir en el ámbito público. Las propuestas analíticas de Rama y Rodríguez Monegal sintetizadas, respectivamente, en sus “generación crítica” y “generación del 45”, colocan un énfasis cualitativo particular sobre el primer término de la fórmula –énfasis acerca del cual insistiré a lo largo de todo el libro–: si “generación” es al mismo tiempo una categoría nativa y una categoría analítica, esto, también, es exactamente lo que sucede con las producciones de Rodríguez Monegal y Rama sobre su generación: *Literatura uruguaya de medio siglo* y *La generación crítica* son difíciles de ignorar y a la vez hay que leer esos libros con toda la distancia que sea posible, porque, eficaces y contundentes, a veces la retórica que usan convence mucho más que los datos que manejan. Concebidos como textos que construían una categoría de análisis distanciada de su objeto de estudio, se perfilan hoy como nativos al objeto y momento que pretendían estudiar, documentos de época tanto cuanto obras de crítica externa a un objeto.

³⁶ Cosse, I. y V. Markarian, *op. cit.*, p. 37.

Aunque a Quijano, Methol Ferré y Real de Azúa se los ubica en un marco más amplio, cuyo núcleo identitario es el de esa misma “conciencia crítica” –siendo Quijano, *stricto sensu*, más evidentemente un referente generacional–, me parece necesario analizar en qué medida, cómo y por qué Quijano, Methol Ferré y Real de Azúa pueden o no ser adscriptos a ella. ¿Cuánto se reconocen como integrantes o no, cuánto lo que opera como distinción es aquello que entienden por “crítica”? Incluí en esta selección, además, a dos intelectuales católicos –hecho sobremanera relevante en el marco de un país cuyo laicismo ha sido un tema de Estado–, junto a otro que ha sido considerado el “faro” intelectual por antonomasia, y el puente generacional entre 1920 y 1960, ejemplo paradigmático del liberalismo cultural uruguayo. Este trío conforma, me parece, un muy buen punto de entrada para armar, a través de sus producciones y trayectorias, un mapa, pequeño pero ilustrativo, de un momento particular del latinoamericanismo en Uruguay.³⁷

¿Es que estos autores, acaso, junto con muchos otros integrantes de aquella “conciencia crítica”, hicieron hincapié en una nueva “verdad” –la crisis, la estructura decadente, la esperanza latinoamericana– acerca del ser del país? En palabras de Eduardo de León, “el imaginario optimista del *revival* neobatllista –“Como el Uruguay no hay”, “Uruguay Suiza de América”, “Maracanazo”– se derrumbó y dejó paso a otro imaginario que estuvo siempre presente desde los treinta, de manera más subterránea y aparentemente menos real [...]”.³⁸ Más que sustituciones en el marco de una línea temporal, lo que se advierte son reapropiaciones y disputas que organizan el modo en que pensamos esa sucesión. El ejemplo más claro fue en la disputa política: el batllismo y el uso que de su imagen y legado hizo Luis Batlle Berres durante la década de 1950.

En el capítulo cuarto me ha interesado explorar lo que llamo “lo blanco”, término entendido como referencia al modo en que estos autores recuperaron una reflexión sobre la historia del país y formularon los diagnósticos sobre su presente y futuro –aunque estos no estuvieran necesariamente vinculados a la tradición político-partidaria del Partido Blanco–: una mirada desde “lo blanco” que tampoco puede ser explicada solamente en términos de una perspectiva revisionista. Cuando haga, en las páginas que siguen, referencia a “lo blanco” no se tratará, como podemos advertir ya, de una suerte de esencia colocada más allá del tiempo y del espacio, sino de un término referido a una perspectiva ínsita en el propio fluir histórico e inseparable,

³⁷ El análisis podría incluir a otros protagonistas, como Vivian Trías, Arturo Ardao o Roberto Ares Pons –para poner solo unos pocos ejemplos–. En el caso en que es necesario, reviso las obras y trayectorias de estos autores.

³⁸ De León, Eduardo, “Uruguay ¿en el espejo de Morse? La generación del 900”, en Arocena, Felipe y Eduardo de León, *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad, modernización en América Latina*, Montevideo, Vintén Editor, 1993, pp. 290-291.

en cuanto a su comprensión, de las cambiantes configuraciones intelectuales que marcaron al Uruguay durante el período que aquí estudio. Mi uso del término es, en este sentido, una apuesta metodológica al mismo tiempo que categorial, que retoma, como se podrá apreciar, las afirmaciones de Ángel Rama sobre los diferentes momentos dentro de la “generación crítica”.

Los capítulos dedicados a Quijano (V), Methol Ferré (VI) y Real de Azúa (VII) se han propuesto recuperar y analizar los modos en que cada uno de ellos reflexionó sobre Uruguay y su relación con América Latina, y sobre todo qué implicancias para sus propias trayectorias e intereses tuvieron esas reflexiones. El caso de Carlos Quijano es paradigmático por la importancia que tiene en la historia del latinoamericanismo, y su análisis es por ello fundamental para mi argumento. Es por ello que me interesa mostrar cómo en su producción vinculada al problema de la integración resulta necesario revisar tanto las continuidades como las diferencias, y compararlas con otras opciones de integración latinoamericana activas en el período, como las de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL).

El abordaje a Methol Ferré sigue el derrotero de sus reflexiones en torno a qué implicancias tendría la integración de Uruguay en América Latina, pero también se ha esforzado en reconstruir una trayectoria de vida que tuvo a la Cuenca del Plata y a la idea de *Nexo* en su centro: respecto de esto último, son notorias las relaciones que Methol fomentó con la llamada “izquierda nacional” y el revisionismo histórico en la Argentina, especialmente a partir de una mirada específica sobre los alcances del peronismo en el Cono Sur. La polémica entre Quijano y Methol, por otra parte, sobre la integración y la revolución pone en perspectiva la deuda del segundo con el primero y la apuesta a trascenderlo.

En Real de Azúa, en cambio, el lugar *sine qua non* de Uruguay para una integración latinoamericana aparece recuperado desde la noción de un *ethos*. Aquellos datos que para Quijano y Methol Ferré postulaban la primacía de Uruguay en el marco de cualquier proyecto de integración primero regional o luego subcontinental, son trabajados aquí desde otro ángulo. De hecho, la búsqueda en el pasado uruguayo de viejas pautas de convivencia y experiencia que merecían ser recuperadas en el presente le hicieron buscar allí a Real de Azúa un *ethos* –elemento inscripto en el ámbito de los valores y que trascendía por ende a la mera empiria estadística– que se hallaba perdido y que permitía definir mejor las carencias de la modernización en América Latina.

A este momento específico –1958-1968– de un Uruguay en crisis es posible contraponerle otros momentos del mismo Uruguay en crisis, y especialmente también otros territorios que estaban bajo esa misma suerte de maldición. Los años treinta luego del quiebre económico mundial en Uruguay, o el modo en que este afectó a tantos otros países del continente, empezando por el vecino de la otra orilla del Plata, por ejemplo. En este caso se trataba de una crisis considerada total, que –como expuso Oscar Terán–

marcó una ruptura en la historia argentina moderna y afectó de manera decisiva ciertas autoimágenes fundamentales de este país: la creencia en su excepcionalidad y en su destino de grandeza.³⁹

Esta constatación lleva a otro problema, necesario para extremar la duda sobre la falta de nacionalismo en Uruguay –o su “baja intensidad”–: la cuestión de la “excepción” o de la crisis tampoco es privativa de este país. También ciertos intelectuales argentinos vieron el medio siglo como momento crítico y se impusieron una acción rigurosa para conjurarlo. Allí, según Mariano Plotkin, la crisis ha sido un concepto central en la configuración de la identidad nacional. Un ejemplo claro es el de quienes desde la revista *Imago Mundi* (1953-1956) dedicaron en su último año todo un número a “La crisis de la cultura”.⁴⁰ En palabras de Omar Acha, declaraban intervenir en una crisis de la cultura occidental a la que consideraban en peligro. Pero ese peligro se transmutó en otro, para ellos más urgente: después de las dos guerras mundiales y el avance de los fascismos, el problema a conjurar fue para ellos el peronismo.⁴¹ Aun más, ese componente puede extenderse a los demás países latinoamericanos, al tener en cuenta, entre otros, el proceso mismo de su independencia –entendido como parte de la crisis del imperio español–.⁴² Claro, es objeto de otra discusión –en la que no me detendré en estas páginas– la cuestión acerca de si estas afirmaciones no llevan la analogía con la crisis de un imperio demasiado lejos, como también lo es aquella otra de si es razonable la idea de que en Uruguay hay una suerte de –en palabras de Panizza y Muñoz– “cultura de la crisis” –el argumento de Plotkin, por caso, pondría en duda el de Panizza y Muñoz y viceversa–. Aun así, la alusión tangencial a estas discusiones es pertinente para comprender mejor cómo funciona la crisis a la hora de abrir o cerrar cuestionamientos en torno de ciertos *statu quo*. Enfatizo: este trabajo no es un trabajo comparativo, y no me he sentido obligada por ende a detenerme en un análisis específico de las percepciones de la crisis en otros países de la región, ni en su relación comparativa con lo ocurrido en Uruguay. Pero el cercano ejemplo argentino, muchas de cuyas características son aplicables también al resto de América Latina, sirve para ilustrar cómo una crisis –y su diagnóstico– se construye como una especie de solipsismo; en otras palabras, quienes otorgan sentido a

³⁹ Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, “Lección 8. La cultura intelectual en la década de 1930”, p. 227.

⁴⁰ Agradezco a Jorge Myers la insistencia en revisar la noción de crisis en la Argentina y, sobre todo, la referencia a la revista *Imago Mundi*.

⁴¹ Acha, Omar, “Crisis e historia de la cultura en *Imago Mundi* (1953-1956)”, en Biagini, Hugo y Arturo Roig, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo xx. Obrerismo, vanguardia y justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006, t. II, pp. 569-580.

⁴² Véase Plotkin, Mariano, “Introducción”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 62, Nº 1, Sevilla, enero-junio de 2005, pp. 13-14.

esos fenómenos los confrontan con su propio pasado, con aquello que suponen previsible.⁴³

Como sabemos, toda periodización siempre tiene una valencia doble: la marca de su arbitrariedad y de su extrema justeza. 1958 y 1968 son fechas elegidas por su carácter simbólico y también por ciertos hechos materiales que ayudan a circunscribir el problema de investigación. Además, aquí hago referencia a ciertas áreas temporales colindantes a esos años como 1955, 1971 o 1973, para poner solo tres de los ejemplos más citados en los estudios de la segunda mitad del siglo xx en Uruguay.⁴⁴ En efecto, 1958-1973 es otro centro desde donde hago “pivote”.

Cierto, también otra periodización hubiera sido sin duda posible. Por ejemplo, tener en cuenta la que eligieron los historiadores Gerardo Caetano y José Rilla, que se inicia en 1955, fecha determinada por condicionantes económicos, y que termina con el golpe de Estado de 1973.⁴⁵ Este trabajo también podría haber definido otro marco temporal, cuyo comienzo hubiera sido 1958 pero cuyo fin fuera 1971. Así se haría coincidir el primer recambio del partido en el gobierno –durante el siglo xx– con la aparición de una tercera fuerza, el Frente Amplio, que en 1971 llegó al tercer puesto en las elecciones: fecha, en el señalamiento de cuya importancia coincidieron Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y Carlos Real de Azúa.

Durante el año 1958 se modificó el elenco gobernante, que pasa de una tendencia del Partido Colorado a otra del Partido Blanco. Marca la transformación de una historia política signada por la hegemonía del Partido Colorado durante casi cien años. Más aún, a los efectos de este trabajo, fue en torno a 1958 que confluyeron una serie de análisis acerca de la crisis, y en esos análisis este año tendía a absorber a los otros, el cual aparecía como fundamental en los discursos intelectuales y políticos del período para comprender el estado de Uruguay y su posterior decadencia. Un ejemplo que aunque podría parecer trivial es indicativo: mientras preparaba la versión final de este libro, leí del escritor, músico y compositor Fernando Cabrera un breve poema que se titula “1958”: es una síntesis extraordinaria en varios sentidos. Por un lado, porque insiste (en 2012) sobre la importancia de esa fecha, sobre lo que vino a abrir y a cerrar –los versos iniciales de la primera estrofa aluden a cómo en esa fecha: “La sumatoria blanca gana las elecciones/ el colorado gordo pierde su lugar”–; y, por otro lado, porque su último verso, después de una suerte de condensado de la historia del país, reza “la lenta

⁴³ Terán, O., *Historia de las ideas...*, op. cit., p. 229.

⁴⁴ El período 1958-1968 también ha sido considerado vital para explicar transformaciones profundas en la sociedad, la cultura, la política y la economía uruguayas en otras investigaciones. Véase Alonso Eloy, Rosa y Carlos Demasi, *Uruguay, 1958-1968. Crisis y estancamiento*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.

⁴⁵ Caetano, Gerardo y José P. Rilla, *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur*, Montevideo, CLAEH, 1994, pp. 146-149.

convalecencia”.⁴⁶ La periodización de Cabrera es abierta: pasa de 1958, a la dictadura y continúa hasta hoy.

Las fechas políticas “macro” suelen ser utilizadas más frecuentemente como hitos para delimitar, supuestamente, con mayor solidez las temáticas a estudiar. Sin embargo, elegí como punto final de este recorrido la fecha en que tuvo lugar un hecho de mucha menor trascendencia general, pero que fue crucial para la problemática aquí estudiada: el cruce –entre 1967 y 1968– de estos tres autores en el marco de una discusión sobre el destino de Uruguay y las posibilidades de su integración en un espacio mayor. Además, 1968 no es un año más. Es el año en que se llevó a cabo un “ajuste conservador”, donde la acción del Estado modificó radicalmente la conducción de la vida social y la política económica. En torno a ese año se condensaron también una serie de imágenes del país que vinculaban fuertemente la crisis y la viabilidad: imágenes que obligaron a quienes proponían la integración latinoamericana a discutir los alcances eficaces, los costos y los beneficios de una integración revolucionaria. Más aún, fue el año cuando aquellos que anhelaban o especulaban con la posibilidad de una transformación revolucionaria consideraron que esa misma posibilidad se perfilaba con mayor claridad en distintos lugares del globo, además del Uruguay. Así parecían anunciarlo las manifestaciones estudiantiles y obreras en el Mayo Francés, las numerosas protestas estudiantiles en Italia, el movimiento contestatario dentro del bloque socialista condensado en la Primavera de Praga; las movilizaciones estudiantiles en México que terminaron en la matanza de Tlatelolco de octubre de ese año, la masiva oposición juvenil a la guerra de Vietnam en Alemania, Estados Unidos e Inglaterra; y... claro, también la movilización estudiantil en Uruguay –expresada por el protagonismo de los jóvenes en las calles y el simultáneo crecimiento “explosivo” de los grupos de izquierda.⁴⁷

Ángel Rama llegó a afirmar que hubo una generación que fue la “generación de *Marcha*”, cuyos padres fueron Carlos Quijano y el narrador Juan Carlos Onetti. Puede constituir una exageración, pero las palabras de Rama recuerdan muy bien el acuerdo generalizado que ha querido ver en el sema-

⁴⁶ El poema completo dice así: “La sumatoria blanca gana las elecciones/ el colorado gordo pierde su lugar/ el hijo del pionero no fue tan riguroso/ papá dejó un costoso abrigo por gastar/ El sobre descontento salario dislocado/ pancarta en el asunto nerviosa la ciudad/ Los listos de la clase tenían inquietudes/ virtudes reconozco caprichos de bondad/ copiaron a otro loco poeta como ellos/ metiendo en la primaria temas de facultad/ El dueño verdadero al ver temblar la torta/ a un torpe mercenario compró seguridad/ El militante ingenuo/ el arrebato trágico/ la violencia decadente/ la venganza del más fuerte/ la ambición diabólica/ la parálisis temporal/ la lenta convalecencia”. Cabrera, Fernando, *Intro* (libro y DVD), Montevideo, Imprenta Morello, 2012, “1958”, p. 85.

⁴⁷ Véase, por ejemplo, el libro de Vania Markarian, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, col. La ideología argentina y latinoamericana, 2012.

nario *Marcha* el órgano de prensa que colaboró decisivamente para forjar esa conciencia crítica, y una de las tribunas desde donde se abonó bien temprano a los diagnósticos sobre la crisis estructural, que se convirtió luego en una tribuna latinoamericanista y antiimperialista de primer orden. Sea o no un centro indiscutido, esa trayectoria lo vuelve, prácticamente, el único medio en donde revisar la paradoja del Uruguay latinoamericano.⁴⁸ *Marcha* permite –por el peso y alcance que tuvo en más de treinta años de labor– anclar la mirada escrutadora en un centro que operara como “pivote” en relación con las otras publicaciones del período: no solo periodísticas, sino también ficcionales y no ficcionales –publicadas como libro– de una miríada de autoras y autores que también participaron de algún modo u otro en el semanario.

Las fuentes de este trabajo no han podido sino ser casi en su totalidad documentos escritos: diarios, revistas y semanarios, fascículos, informes gubernamentales, libros de ensayo y ficción y correspondencia personal –aunque, cabe aclarar, he utilizado también algunas entrevistas–. Todos los documentos necesitan ser pensados en el marco de un ámbito mayor, que los incorpora y al que colaboran en formar y redefinir. Gran parte de los documentos con los que trabajo son artículos que fueron publicados en revistas, semanarios o diarios. Muchas veces esos trabajos fueron luego recopilados en libros, que a su vez fueron editados por la misma publicación periódica en la que el autor participa. Estas publicaciones son ámbitos concretos de sociabilidad y, a su vez, son textos colectivos, inconclusos, producidos en el día a día. Es que como textos colectivos ayudan a comprender los proyectos político-culturales producidos en un período.⁴⁹ Estos ámbitos de sociabilidad no estaban solamente definidos por el espacio de una redacción sino por el encuentro –o desencuentro– de sus colaboradores bajo el manto e

⁴⁸ Cuando comencé esta investigación, Claudia Gilman generosamente me prestó, como dije ya, unos microfilms de *Marcha*. Estos alcanzaban los números comprendidos entre 1958 y 1973. Para consultarlos, tenía que recurrir a las máquinas de la Biblioteca del Congreso de la Nación, o de otras instituciones que tuvieran esas máquinas. No siempre era sencillo conseguir una máquina, mirar los microfilms, tomar notas, etc. Para consultar los números de *Marcha* anteriores a ese período, lo hice en mis viajes a Montevideo, tanto en la Biblioteca Nacional de Uruguay como en la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República y de la Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras (SADIL) de la misma facultad. Gracias a Luisa Block de Behar y su equipo de colaboradores, ahora podemos consultar *Marcha* pero también un sinnúmero de publicaciones uruguayas *online*. Véase para comprobar esta buena noticia: <<http://www.periodicas.edu.uy/>>. No hace falta aclarar lo que hubiera significado tener esta disponibilidad al momento en que comencé esta investigación; se trata de mucho más que de “comodidad”, se trata de lo que implica recorrer un archivo más “a mano”: el azar en la lógica de la investigación, y la capacidad de hacer de ese azar, repitiéndolo, lógica.

⁴⁹ Beigel, Fernanda, “Las revistas culturales como objetos de la historia cultural latinoamericana”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 8, N° 20, enero-marzo de 2003, pp. 105-115; Petra, Adriana, “Revistas y grupos culturales. Apuntes para un estudio de *Pasado y Presente* (1963-1965; 1973)”, ponencia presentada en el II Taller de historia intelectual, Bernal, UNQ, 2009.

CAPÍTULO I LAS CRISIS

identificación dado por la pertenencia o colaboración en esos medios; en la generación en la que se autodefinían o de la que renegaban, y que supuestamente se conglomeraba bajo esas mismas publicaciones.

Si los colaboradores de *Marcha* fueron, al menos hasta cierto punto, “los hepáticos” y “niños góticos”, como se los llamaba por su pesimismo constante,⁵⁰ el batllismo supo ser para muchos de ellos, en sintonía con la metáfora de lo “gótico” utilizada para caracterizarlos –género sin duda propicio para mostrar la oscuridad del mundo–, una suerte de *Casa Usher* en proceso de consumir su propia caída: una estructura a la que de lejos se le ven las grietas.⁵¹ La elección de los epígrafes de cada capítulo de este libro sigue esa línea gótica, y guarda relación con el tema central de cada uno de ellos. El primero comienza con la cita a uno de los pasajes más conmovedores y terroríficos de *La caída de la Casa Usher*, en el que justamente el narrador advierte que un edificio que parecía haber sobrevivido al paso del tiempo expone –aunque solo a la experticia de un observador detallista– una rajadura; el segundo busca en el *Frankenstein* la pregunta sobre la construcción narrativa-material de la narración sobre el o los orígenes; el tercero recupera la cuestión del “doble” que en la literatura ha sido tan productiva para comprender las cercanías y distancias de lo que a primera vista parece semejante pero que a la vez guarda indudables sorpresas; el cuarto retoma una de las afirmaciones más contundentes respecto de cómo es posible operar desde un concepto que no surge nunca de la armoniosa ductilidad de las teorías sino del caos de estas y sus prácticas. Los epígrafes góticos también nos han servido para aludir, en clave de metáfora, al contenido de los últimos tres capítulos –referidos a los tres intelectuales que protagonizan este libro– y más específicamente al modo en que abordé el análisis de la trayectoria y obra de esos autores: allí los epígrafes hacen referencia a las continuidades y diferencias en las propuestas de integración de Quijano, a la difícil asunción de una geopolítica rioplatense en Methol Ferré, a la búsqueda de un *ethos* latinoamericano en Real de Azúa.

El Uruguay latinoamericano, que acecha como fantasma –y como ser vivo– todo este libro, inicia entonces su recorrido en el momento preciso en que comenzaba para muchos el derrumbe de un edificio: el de un país “excepcional”.

⁵⁰ Cfr., Gilman, Claudia, “El semanario *Marcha* (1939-1974)”, artículo para el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho/Monte Ávila Editores Latinoamericanos, 1995.

⁵¹ Véase sobre gótico y terror la síntesis lúcida propuesta por Feiling, C. E. (selección, prólogo y notas), “Introducción”, *Los mejores cuentos de terror*, Buenos Aires, Ameghino, 1997; y para un seguimiento del “impulso gótico” en la literatura fantástica y específicamente en Poe, véase Negroni, María, *Museo negro*, Buenos Aires, Norma, 1999.

Su característica principal parecía residir en su antigüedad; los años se habían llevado consigo todo el color, y pequeñísimos hongos cubrían por completo el exterior y colgaban de los aleros, formando dibujos similares a las telas de araña. Pero, a pesar de esto, la construcción no ofrecía señales de ruina; por otra parte, era grande el contraste que ofrecía el perfecto ajuste de todas las piedras y el estado de vejez de cada una de ellas. Esto me recordaba esos antiguos trabajos en madera que se conservan enteros durante muchos años, si no les llega el aire, a pesar de encontrarse completamente corroídos. En realidad, esa era la única señal de ruina, ya que la casa ofrecía un gran aspecto de solidez. Quizá el ojo agudo de algún observador más detallista hubiera podido descubrir una grieta apenas perceptible, que descendía en zigzag por el frente de la mansión, desde el techo hasta perderse en las oscuras aguas del lago.

EDGAR A. POE, *La caída de la Casa Usher* (1839)

Hacia mediados del siglo pasado el paisaje cultural y político uruguayo fue dominado por una palabra: crisis. Esa palabra ya había tenido protagonismo en todo el mundo. Así lo demostraron el *crack-up* de 1929 en los Estados Unidos y los coletazos que definieron el reacomodamiento de la economía y la política, e invirtieron el valor positivo –en negativo– del proyecto liberal.¹

¹ Una de las hipótesis más interesantes que vincularon la crisis de los años treinta con una formulación mayor respecto de las dificultades del sistema liberal fue la de Karl Polanyi, en 1944. En *La gran transformación* sintetiza el problema de esos años como parte de una transformación mayor en el marco de todo el sistema capitalista liberal que había sido hegemónico hasta la Primera Guerra Mundial. Dos fuerzas contradictorias movilizan a las sociedades y economías liberales como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, la crisis del treinta y la Segunda Guerra. Es decir, una liberal-internacionalista confiada en la autorregulación de los mercados pero notoriamente sustentada en la desigualdad; y otra fundada en la autoprotección de las naciones y las sociedades, para detener los efectos destructivos de los mercados autorregulados, pero que tiende a desestimar ferozmente toda libertad. Polanyi, Karl, *La gran transformación. Los orígenes*